

De los viajes espirituosos

Abrir la puerta para que entre el viento

ROBERTO MARTÍNEZ NAVARRETE
El Peregrino Ediciones, colección
Dememoria, Bogotá, 2013, 305 págs.

EL PEREGRINO Ediciones inaugura con *Abrir la puerta para que entre el viento* su colección Dememoria, “dedicada a rescatar testimonios de primera mano con valor literario” –según reza la contracarátula del libro–. La editorial se ha especializado hasta el momento en narrativa. Sin embargo, uno de sus editores se entusiasmó con un cartapacio de textos que Roberto Martínez trabajaba hacía años y que trataba acerca de la espiritualidad india, así que lo instó a convertirlo en un libro. Martínez falleció antes de terminar los retoques finales y su mujer, Olga, logró transmutar el luto en una tarea de revisión que permitiera la publicación definitiva. El resultado entra en una tradición naciente que discute, junto con Coetzee y Munro (por citar apenas dos ejemplos laureados y recientes), con el estatus ficcional de la autobiografía. El libro de Martínez tiene por ende tanto de memorias como de estampas costumbristas y crónica de viajes. También hay anécdotas, personajes pintorescos y postales escriturales. Para resumir con otro rumbo: es el libro de un cachaco que viajó por el mundo ancho y ajeno y por el suyo propio.

Abrir la puerta para que entre el viento son trescientas cinco páginas de historias narradas en primera persona y que contienen suficiente material para establecer los trazos de un ser humano complejo: su personalidad abarca extremos en apariencia opuestos a través de matices refinados. El lector encontrará en alguna página al narrador embarcado en una empresa mercantil consistente en vender o negociar joyas en París; en la siguiente, asistirá en la India a una ceremonia milenaria narrada con devoción. Si hubiera que identificar un denominador común para estas disímiles vivencias decantadas por los años, quizá podría identificarse el “ansia espiritual exacerbada” [pág. 95] del narrador por encontrar estados

de conciencia que lo religuen con las realidades superiores:

Encontrar ese estado del ser, comprenderlo, me forzó a traspasar las fronteras de la religión e incursionar por el camino de la espiritualidad. Me llevó a buscar por todos los rincones algo que me orientara y me llevara por ese camino. [pág. 95]

No sorprende entonces que la obra tenga como hilo conductor la constante referencia a su maestro espiritual indio, cuyo encuentro constituyó un hito. Este preceptor, un reconocido yogui de nombre Swami Satyananda, le abrió a Martínez las ventanas del yoga y del tantra. De modo que durante todo el libro se hace hincapié en la importancia que tuvo el maestro en los siguientes cuarenta años de la vida de quien narra. Sin embargo, el encuentro es apenas el culmen de una búsqueda que tiene sus primeras manifestaciones en la liturgia católica preconciliar, que se alimenta con la exploración activa de la magia, la cábala de los libros y el ocultismo disponible a los curiosos y que solo entonces logra coherencia con las herramientas del estudio acompasado y serio del yoga y el tantra.

Tal vez por todo esto la mayoría de los viajes narrados transmiten el deslumbramiento de Martínez con las religiones, las filosofías, los templos y las costumbres de la India. Era un iniciado en las tradiciones orientales, y ese rasgo le transmitía una sustancia honda a sus experiencias exteriores. Así, desde el punto de vista del lenguaje, las mejores narraciones y descripciones en el libro son aquellas en donde la emoción ante la belleza de un templo, por ejemplo, produce una experiencia estética que conmueve al unísono sus ojos y su alma.

La cronología de las anécdotas que se narran en esta veintena de capítulos no es lineal. Pero la India es el portal de las memorias, que en el primer capítulo arrancan con el aterrizaje en Mumbai a una edad en la que el narrador ya tomaba *whisky*.

Vienen luego algunos recuerdos de la infancia a lo largo de párrafos que recogen impresiones tempranas y cuadros de costumbres de la vida bogotana de mediados del siglo xx. En esas primeras reflexiones, en las que la socarronería es un ingrediente sustancial,

aparecen también asomos de su *filosofía pragmática*, como en alguna ocasión en que confiesa: “Siempre he tenido el convencimiento de que las joyas son artículos de primera necesidad” [pág. 17].

Tales regresiones presentan una serie de modestos hitos en la historia nacional de los que la familia del narrador fue partícipe y que le causan cierto orgullo. Cuenta, por ejemplo, que su padre fue fundador de una fábrica de productos de caucho, erigida para calzar al ejército durante el gobierno de Miguel Abadía Méndez [1926-1930]. Hasta ese entonces, nuestros soldados andaban rasos o descalzos, o bien con alpargatas hechas de lona y fique. Las máquinas para vulcanizar y laminar caucho, y las troqueladoras traídas por el padre de Martínez desde España permitieron que las ancestrales alpargatas fueran reemplazadas por *cotizas* de suelas impermeables, “el primer calzado del ejército colombiano” [pág. 75]. La misma fábrica producía también la famosa pelota de letras: un artículo que por varias generaciones acompañó a los niños colombianos en sus juegos.

De su lista de gente conocida en una vida aparecen en esas primeras páginas, sin mayor orden aparente, nombres como el del padre Rafael García Herreiros, fundador del Minuto de Dios, o el de Manuel Marulanda, Tirofijo, al cual Martínez recuerda desde cuando era un católico empeñado en hacer proselitismo con el arsenal de las nuevas teologías de la Iglesia de la época, todo bajo el fuelle del padre Jaime y las lecturas consecuentes de Teilhard de Chardin. Dice el narrador: “[...] eran los tiempos de la teología de la liberación, del padre Camilo Torres y de Monseñor Helder Cámara [sic], en Brasil” [pág. 66]. Bien cabe transcribir la impresión que Manuel Marulanda hizo en Martínez en un episodio divertido. Los muchachos proselitistas de la Doctrina Social Católica emprenden su cruzada:

Camuflados y después de un entrenamiento en la brigada de Ibagué, iniciamos desde el pueblo de Planadas (donde los jesuitas tenían unas obras sociales importantes), el ascenso hasta Gaitania, “Capital de la República Independiente de Marquetalia”, donde la guerrilla tenía sus cuarteles generales. Durante el entrenamiento en la brigada el comandante nos mencionó con especial énfasis el nombre de un

MEMORIAS		RESEÑAS
<p>campesino de la región, quien según él y las informaciones que tenía, era muy duro y de mucha influencia en la región: nos advirtió que era mejor evitarlo. Buscarlo fue, obviamente nuestro primer objetivo.</p> <p>El señor no parecía tener nada de duro, era verdaderamente encantador, abierto, receptivo y curiosamente, para ser un campesino, muy ilustrado. Nosotros predicábamos a todo el mundo nuestra filosofía y él no fue la excepción [...]. Lo curioso era que a varios de nosotros se nos hacía muy familiar su figura. Una tarde estando con otros dos compañeros le pregunté: –¿Y usted conoce a Tirofijo? –¡Pues claro! –¿Y cómo es? –Así como yo–. Y soltó la carcajada. Desde ese momento la relación fue abierta. [págs. 69-70]</p> <p>De los muchos recuerdos consignados en el libro, uno en especial, que hace virar el tono del autor hacia la poesía, lo proporciona la amistad de Roberto Martínez con Gonzalo Ariza, el pintor por excelencia de paisajes sabaneros a quien el autor admiraba enormemente y quien, entre otras cosas, chapuceaba el japonés lo suficiente como para poder ambos conversar en esa lengua. Fue con Ariza, dice el narrador, que descubrió verdaderamente la naturaleza:</p> <p>Así, a la sombra de Gonzalo, por entre matorrales y montes, abrazados por ramas y hojas de plantas sin nombre, se rompió la barrera que me separaba de la naturaleza y percibí por un instante la quietud radiante de la eterna dinámica. [pág. 123]</p> <p>Este descubrimiento del escritor sobre la posibilidad de acceder al infinito a través de la naturaleza lo impulsa a vivir el resto de sus días en los cerros orientales de Bogotá rodeado por una reserva natural plena de árboles y musgos.</p> <p>Así, como un niño que se asoma al mundo y regresa del atisbo curioso y asombrado, el escritor quiere contarle al lector todo lo que ha visto y lo que ha pensado, y compartirle pequeñas sabidurías de lo que aprendió en el transcurso de una vida. ¿Quién –por ejemplo– sabía que hay que sumergir la madera usada para los pianos de</p>	<p>gran concierto “en agua de mar durante años y luego secarla a altas temperaturas, durante un mes, dentro de un horno cerrado herméticamente?” [pág. 112]. Martínez lo sabía. Se lo aprendió al presidente de Yamaha en el Japón. Porque Roberto Martínez heredó el rasgo empresarial de la familia. Era un buscador de las cosas del espíritu, pero en su vida práctica también le dio cabida a los negocios, faceta que en la obra se interpreta como contrapunto e hilo narrativo.</p> <p>Entre las descripciones de todo lo que ha visto se destaca la precisa y amena descripción de un antiguo ritual védico y tántrico llamado <i>yajna</i>. Se trata de una gran ceremonia del fuego que dura varios días, cuya intención es evocar la energía femenina del cosmos, la energía de la Madre Cósmica. Detalle tras detalle, e <i>in crescendo</i>, se van hilando detalles y conjuntos hasta entregar un panorama muy ilustrativo de este rito milenario. Como Martínez sabe bien de lo que habla, le transmite al lector occidental la esencia de lo que de otra manera sería un ininteligible conocimiento esotérico.</p> <p>El lector no dejará de sorprenderse con la integración de imaginarios arquetípicos tan distintos como el catolicismo inicial, los conocimientos esotéricos y el yoga en alguien que además se muestra sin ambages como un negociante, un empresario y un gozón de los placeres de los vinos y cocinas del planeta. Pero esta conciliación es el sello de Martínez y, hasta donde muestran los escritos, parece realizarse sin que se rompan las costuras.</p> <p>En <i>Abrir la puerta para que entre el viento</i>, el lenguaje es impudicamente bogotano, y por lo mismo no faltan el calambur y la frase de pedantería deliberada, como si de una tertulia con amigos se tratara o de las conversaciones con Olga, su mujer, con quien vivió y dialogó sin tregua durante treinta y ocho años.</p> <p>A veces, sin embargo, la anécdota es demasiado real para ser cierta o demasiado verdadera para ser literariamente verosímil. Pero Roberto Martínez es un ameno narrador que con tono de guía de viajes instruido contagia las ganas de pasear y descubrir maravillas grandes y pequeñas, como las cuevas de Ajanta en Maharashtra:</p> <p>En una de las últimas cuevas (la cual</p>	<p>quedó por alguna razón inacabada) se puede apreciar el largo proceso de su realización: se ven los cortes en cubos escalonados, cada golpe (me imagino) dado con la recitación de un <i>mantra</i> o de un madrazo, ambas instancias en las que la mente se une a la acción golpe a golpe. [pág. 204]</p> <p>Aquí también el objeto mirado tiene ecos interiores. Después de describir estos portentos, el autor usualmente se remite a lo que aprende de lo visto para su práctica interior en un diálogo fructífero entre el mundo externo y su propio universo. Así transcurre el libro como un buen paseo por lugares del mundo y parajes del alma, con un vino en la mano y una charla espléndida.</p> <p style="text-align: right;">Ignacio Zuleta Lleras</p>